

Jorge Ibarzüengoitia

LAS MUERTAS



EDITA **A. Machado Libros**

editorialmachado@machadolibros.com • www.editorialmachado.com

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni total ni parcialmente, incluido el diseño de cubierta, ni registrada en, ni transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo, por escrito, de la editorial. Asimismo, no se podrá reproducir ninguna de sus ilustraciones sin contar con los permisos oportunos.

© Jorge Ibarzüengoitia y Herederos de Jorge Ibarzüengoitia, 1977
© de la presente edición: Machado Grupo de Distribución, S.L., 2023

REALIZACIÓN: A. Machado Libros

ISBN: 978-84-7774-468-9

DEPÓSITO LEGAL: M-32.437-2023

Impreso en España

Índice

1. Las dos venganzas	9
2. El caso de Ernestina, Helda o Elena	15
3. Un viejo amor	25
4. Entra Bedoya	31
5. Historia de las casas	39
6. Dos incidentes y un tropiezo	49
7. Una vida	55
8. La mala noche	65
9. La vida secreta	73
10. Historia de Blanca	81
11. Vistas varias	91
12. El catorce de septiembre	99
13. La ley marcial	107
14. Lo que hizo Teófilo	115
15. La mala racha	121
16. Llegó la policía	129
17. La justicia del juez Peralta	137
18. Epílogo	145

Algunos de los acontecimientos que aquí se narran son reales. Todos los personajes son imaginarios.

J. I.

Las dos venganzas

1

Es posible imaginarlos: los cuatro llevan anteojos negros, el Escalera maneja encorvado sobre el volante, a su lado está el Valiente Nicolás leyendo *Islas Mariás*, en el asiento trasero, la mujer mira por la ventanilla y el capitán Bedoya dormita cabeceando.

El coche azul cobalto sube fatigado la cuesta del Perro. Es una mañana soleada de enero. No se ve una nube. El humo de las casas flota sobre el llano. El camino es largo, al principio recto, pero pasada la cuesta serpentea por la sierra de Güemes, entre los nopales.

El Escalera detiene el coche en San Andrés, se da cuenta de que los otros tres se han quedado dormidos, despierta a la patrona para que pague la gasolina, y entra en la fonda. Almuerza chicharrones en salsa, frijoles y un huevo. Cuando está tomando la segunda taza de café entran los otros tres en la fonda, amodorrados. Los mira compasivo: lo que para él es el principio del día es para los otros el final de la parranda. Ellos se sientan. El capitán actúa con cautela, le pregunta a la mesera:

—Dígame qué tienen que esté muy sabroso.

El Escalera se levanta, sale a la calle y da vueltas en la plaza con las manos en los bolsillos, paso largo y muy lento y un palillo de dientes en la boca. Se abrocha la chamarra, porque a pesar de bri-

llar el sol sopla un vientecito helado. Se detiene a ver unos boleros que arrojan tostones contra la pared en un juego de rayuela diferente al que él conoce. Sigue su paseo reflexionando si los habitantes de Mezcala son más brutos que los del Plan de Abajo. Se detiene otro instante a leer el letrero que hay en el monumento a los Niños Héroeos —«Gloria a los que murieron por la Patria...»— y ve salir de la fonda a sus tres pasajeros —«la carga», en lenguaje de choferes—: el capitán y el Valiente con ropa de civil que conserva rastros del uniforme, como la camisola verde olivo del segundo y las botas de caballería del primero, y Serafina, vestida de negro arrugado, que pela la pierna morena y enseña el sobaco al subir en el coche. Una vez los tres se han acomodado, tocan el claxon perentoriamente para que el chofer venga a manejarles.

Siguen su camino que pasa por parajes famosos: por Aquisgrán el Alto —«Señor Presidente, nos robaron el agua», dice un letrero en la entrada— en donde a Serafina se le antoja un refresco, por Jarápato en donde el Escalera hace un alto para echarle un peso a la alcancía de una iglesia que se construye con limosnas de choferes, por Ajiles en donde compran quesos; al pasar frente al cerro del Cazahuate, el capitán pide que se pare el coche para bajarse a orinar —«echar una firma», dice—, y en San Juan del Camino, que tiene una virgen milagrosa, se detienen a descansar.

Serafina entra en el templo (después se supo que encendió una vela, pidió de rodillas a la Virgen buena suerte en la empresa y en agradecimiento anticipado clavó en el terciopelo rojo un milagro de plata en forma de corazón, como si ya se lo hubiera concedido). Mientras tanto los tres hombres se sientan en una mesa de la nevería, piden mantecados, discuten y deciden que lo que se proponen hacer se hace con mayor facilidad con luz del día. Cuando Serafina, que sale del templo, se les reúne, no está de acuerdo y ordena que la empresa se lleve a cabo de noche.

Esto quiere decir que tienen que perder tres horas, que pasan dormidos debajo de un zapote a la salida de Jalcingo. El sol se está metiendo cuando empiezan a ladrarles los perros del Salto de la Tuxpana.

Es un pueblo ancho y oscuro de calles polvosas, con un foco de alumbrado eléctrico cada doscientos metros. Tiene fama de que en cada casa hay huerta de guayabos, pero las puertas están cerradas. Los niños juegan en la calle.

El Escalera detiene el coche en una esquina donde, debajo de un farol, hay unos que están comiendo pozole. El Valiente Nicolás se apea, se acerca al grupo, que se le queda mirando, y le habla a la pozolera:

—Perdone usted la impertinencia, ¿dónde hay una panadería?

Ella contesta que en aquel pueblo hay tres y le da las señas. En el coche van de un lado a otro del pueblo y de panadería en panadería sin encontrar la que buscan hasta la tercera.

—Parece que esta es —dice el Valiente, que se ha bajado tres veces y comprado tres bolsas de campechanas.

Todos se apean. Los tres hombres van a la cajuela del coche, Serafina a la panadería. Es una casa modesta, con las únicas dos puertas abiertas que hay en la cuadra. Acercándose con cuidado, procurando no ser vista, Serafina mira hacia adentro y ve, detrás del mostrador, un hombre sentado y una mujer que hace cuentas. Regresa al coche. El Escalera, con una manguera y mucha calma, extrae gasolina del tanque para llenar una lata, el capitán y el Valiente han sacado de la cajuela dos rifles automáticos y meten los cargadores y mueven los cierres —haciendo bastante ruido— para comprobar que funcionan. El capitán le entrega a Serafina la pistola.

Lo que ocurre después es confuso. El Valiente se para en el umbral de una de las puertas y Serafina en el de la otra. Ella le dice al hombre que está detrás del mostrador:

—¿Ya no te acuerdas de mí, Simón Corona? Toma, para que te acuerdes.

Dispara apuntando en alto. Cuando termina la descarga el hombre y la mujer están debajo del mostrador. El Valiente dispara una ráfaga hacia el interior de la panadería. Le dice al capitán, que está a su lado:

—Dispare usted, mi capitán.

—No. Yo aquí estoy nomás cubriendo —está apuntando hacia la otra acera, por si hay un ataque por retaguardia.

La última parte del plan la ejecuta el Valiente. Consiste en entrar en la panadería, regar la gasolina en el piso, salir, encender un cerillo y echarlo sobre el suelo mojado. La gasolina enciende con explosión sorda, las llamas salen por las puertas. Serafina, que camina hacia el coche, aleja a unas mujeres que iban a comprar pan y contemplan fascinadas el incendio, diciéndoles:

—¡Váyanse! ¿Qué vienen a ver? ¡Esta es cuestión que a ustedes no les importa!

Cuando los cuatro han abordado el coche, el Escalera hace, para dar la vuelta, una maniobra más compleja que de costumbre, después acelera y el coche va por las calles del pueblo indeciso un rato antes de encontrar la salida y por fin se aleja del Salto de la Tuxpana de la misma manera que entró, entre ladridos de perros.

2

Los daños que causó el incendio se calcularon en tres mil quinientos pesos. La policía encontró en el suelo cuarenta y ocho casquillos de calibres reglamentarios. Todas las balas se estrellaron en la pared. Una de ellas pasó rozando el hombro y el brazo derecho de la señorita Eufemia Aldaco, que estaba en el interior de la panadería, causándole escoriaciones. El panadero Simón Corona y su empleada la señorita Aldaco, que eran las únicas personas que estaban en la panadería cuando ocurrió el incidente, sufrieron quemaduras que no ponen en peligro la vida.

El agente del Ministerio Público llegó a las ocho y media al puesto de socorros donde estaban siendo atendidas las víctimas y preguntó al médico si los heridos estarían en condiciones de prestar declaración, a lo que el médico contestó que a la mujer se le habían dado sedativos, pero que el hombre estaba consciente. El agente entró en el cuarto donde estaba Simón Corona vendado y reclinado en la cama y le hizo las preguntas.

¿Que cómo ocurrió el suceso?

Respuesta: Que él estaba sentado detrás del mostrador esperando a que la señorita Aldaco hiciera las cuentas de lo que se había vendido en el día cuando oyó que una voz le decía: «¿Ya no te acuerdas de mí...?», etc.

¿Que si sospechaba de persona o personas que fueran los autores del asalto?

R.: Que no sospechaba, sino que tenía la seguridad, por haberla visto frente a él con una pistola en la mano, de que la responsable del asalto había sido la señora Serafina Baladro, que tenía

su domicilio en —aquí entra una dirección en la ciudad de Pedrones, Estado del Plan de Abajo.

¿Que cuál podía ser el motivo de que la citada señora., etc.?

R.: Que le daba vergüenza confesarlo, pero que en el pasado había vivido en varias épocas con la señora Baladro —«a veces estábamos juntos y a veces nos separábamos, porque ella tenía un carácter muy difícil—, hasta que la abandonó definitivamente durante un viaje que hicieron los dos a Acapulco, por haber comprendido entonces que ella no era digna de su amor. Este abandono le produjo a ella un rencor tan grande que la hizo buscarlo tres años hasta encontrarlo.

¿Que si sabía quiénes eran los otros asaltantes?

R.: Que no, pero que podía describir a uno de ellos por haberlo visto de cerca al venderle unas campechanas momentos antes del incidente —«no era ni bajo ni alto, ni joven ni tampoco viejo».

¿Que si tenía idea de cómo habían conseguido los asaltantes el rifle automático reglamentario y la pistola de calibre .45?

R.: Que no, pero que había tenido oportunidad de comprobar en la época en que vivieron juntos, que Serafina Baladro había tenido siempre relaciones con los federales.

Recogida la declaración, levantada el acta y firmada, el agente hizo el trámite de costumbre, que consistía en dar parte a sus superiores, señalar a la presunta responsable y pedir al C. Procurador del Estado de Mezcala que pidiera al C. Procurador del Estado del Plan de Abajo que pidiera al agente del Ministerio Público de Pedrones que pidiera al jefe de la policía del citado pueblo, que aprehendiera a la señora Serafina Baladro para que respondiera a los cargos que se le hacían.

Pasaron quince días. Los habitantes del Salto de la Tuxpana empezaban a olvidarse de la balacera cuando el agente recibió el siguiente telegrama:

«Examine de nuevo al declarante y averigüe si en compañía de la acusada Serafina Baladro llevó a cabo en 1960 una inhumación clandestina.»

En la segunda entrevista con el agente del Ministerio Público, Simón Corona quiso, antes de declarar, que le explicaran varias cosas: si era obligatorio o voluntario dar la información que se le estaba pidiendo —«¿está usted aquí por su gusto o a fuerzas?», «por mi

gusto», «entonces es voluntario»—, si había sido aprehendida Serafina Baladro —«aquí dice acusada, luego está presa o por caer»—, si la sentencia que ella iba a recibir sería más larga si él contestaba afirmativamente a la pregunta que se le estaba haciendo —«lo más probable es que sí».

Satisfecho con estas respuestas, Simón Corona relató al agente del Ministerio Público el caso de Ernestina, Helda o Elena. El agente leyó el acta que se levantó, el declarante no puso objeción a lo contenido en ella y firmó al pie de conformidad. Esta firma le costó seis años de cárcel.

El caso de Ernestina, Helda o Elena

1

Durante su reclusión en la cárcel Simón Corona relató el caso de Ernestina, Helda o Elena de la siguiente manera:

La vi venir caminando entre árboles de la alameda y no lo quise creer. Aquella mujer vestida de negro con la bolsa de charol en la mano no podía ser Serafina. Se parecía a ella y se vestía como ella pero no podía ser ella. De todas maneras sentí que me temblaban las rodillas. ¿Será que todavía la quiero?, pensé.

Yo estaba parado afuera del quiosco de la nevería esperando que dieran las doce para ver a un señor de la Oficina de Hacienda con quien tenía que hablar para que me perdonara unos impuestos. La mujer seguía caminando entre los árboles y mientras más se acercaba a mí más se parecía a Serafina. No puede ser ella, volví a pensar para tranquilizarme: vive en otro pueblo, no tiene a qué venir a Pajares. Ella seguía caminando y acercándose, creyendo, me dijo después, que el hombre que estaba parado afuera de la nevería no podía ser yo. Cuando alcancé a verle los pómulos salientes, los ojos negros rasgados y el pelo restirado era demasiado tarde. Era Serafina y me tenía acorralado.

Ella fue derecho a donde yo estaba, abrió la boca como si empezara a sonreír —alcancé a verle el diente roto— y me dio la bofetada.

No me moví. Ella dio la vuelta y empezó a alejarse. Yo miré a mi alrededor para ver quién había presenciado mi deshonra y no encontré más que al nevero, que desvió la mirada e hizo como si estuviera muy ocupado poniendo la cuchara en el bote. Si se ríe en ese momento yo le parto el hocico, pero no se rio y a mí no me quedó más remedio que irme caminando en dirección opuesta a la que había tomado Serafina.

Me pasó lo mismo que otras veces: ella me hacía groserías y yo era el que me quedaba arrepentido. La bofetada que acababa de darme se me olvidó, igual que se me habían olvidado otras cosas que habían pasado dos años antes, como el enredo que ella tuvo con el agente viajero y el calcetín que yo encontré debajo de la cama. En mi mente no quedó más que una sola idea: yo no podía vivir sin Serafina, yo la había abandonado y nada me interesaba en el mundo más que ella me perdonara.

Fui caminando por las calles chuecas de aquel pueblo, al rayo del sol y entre las moscas, porque era junio, diciéndome a mí mismo: «todavía te quiere, la prueba es que te dio la bofetada».

Me arrepentí al reconocerla de no haberme arrodillado a pedirle perdón por haberla abandonado. «Quiero volver», hubiera querido decirle. En vez de eso me había quedado parado, sin decirle nada cuando se acercó, sin seguirla cuando se fue. Creía que la había perdido para siempre y me sentía desesperado.

En esos pensamientos estaba ocupado cuando llegué a una esquina. Volteé a ver si venía un coche y la vi venir a ella. Estaba a una cuadra larga de distancia y caminaba despacio, como quien no tiene nada que hacer y anda perdiendo el tiempo. Serafina tenía entonces treinta y ocho años, pero al verla de lejos me pareció una muchachita. Se asomó en una dulcería, cruzó la calle, tropezó con uno que iba cargando un bulto y cuando yo estaba por decidir que sería mejor seguir mi camino antes de que ella me viera, ella me vio.

Otra vez no hice nada, me quedé allí parado hasta que ella llegó a donde yo estaba.

—¿Qué andas haciendo en Pajares? —me preguntó.

Le dije la verdad, que había ido a ver a un señor para que me perdonara unos impuestos.

—Yo también vine a lo mismo —me dijo.

Parecía como si encontrarnos en aquella calle extraña, en un pueblo extraño, a aquellas horas fuera lo más natural del mundo. Como si no nos hubiéramos separado dos años antes con un pleitazo, como si no nos hubiéramos reunido veinte minutos antes con una bofetada. Así fue siempre nuestra relación. Nunca supe a qué atenerme con ella.

Vi en mi reloj que eran más de las doce. Iba a proponerle que fuéramos juntos a ver al señor que iba a perdonarnos los impuestos, cuando ella me dijo:

—Llévame a un hotel.

Tenía los labios pintados de un color muy raro, como violeta.

Estuvimos en el hotel del Comercio hasta las ocho de la noche, salimos de allí con hambre y fuimos a cenar en el restaurante que está en los portales. Serafina tenía urgencia de regresar a Pedrones y la mujer con la que yo vivía entonces debería estar inquieta esperándome en el Salto de la Tuxpana, pero al terminar de cenar, en vez de despedirnos e ir cada quien por su lado a cumplir con sus obligaciones, regresamos al hotel del Comercio y allí estuvimos hasta el día siguiente.

Si al despertar me hubiera ido a mi casa, aquel encuentro con Serafina hubiera sido una de tantas cosas que me han pasado en la vida de las que apenas me acuerdo y no tengo razón para andar contando. Pero no me fui a mi casa. Cuando abrí los ojos me acordé de la mujer con la que yo vivía entonces, y la imaginé afligidísima, creyendo que yo estaría tirado en la carretera, cubierto de sangre, y menos ganas me dieron de verla. Me puse la camisa, asomé a la ventana y vi los laureles de la plaza y los tordos cantando. Después miré a la cama y vi a Serafina dormida y me dieron ganas de despertarla.

Esperé a que se bañara y se vistiera y cuando estaba sentada frente al espejo, haciendo la trenza, vi que el reflejo que daba era muy diferente a su cara, cosa que ya había yo notado antes. Me acordé de tiempos mejores, sentí una emoción muy grande y le dije:

—Te llevo a Pedrones.

Pero ella no iba a Pedrones. La urgencia que tenía de estar allí había pasado. Iba a San Pedro de las Corrientes, en donde estaba invitada a comer en casa de su hermana Arcángela. Como yo no quería separarme de ella, le dije:

—Pues a San Pedro te llevo.

Mi coche, un Ford 55, estaba en el taller de un mecánico en las orillas de Pajares. Si cuando llegamos a la puerta el mecánico hubiera salido a decirme, como a veces ocurre, «el coche no está listo porque no conseguimos la pieza que le falta», yo hubiera acompañado a Serafina a la terminal de camiones, allí nos hubiéramos despedido y mi vida hubiera sido otra. Pero el coche estaba arreglado, arrancó al primer pedalazo y aquí estoy, con seis años de sentencia por delante.

Para ir de Pajares a San Pedro de las Corrientes se sale por un camino empinado en el que por buena vista que uno tenga no alcanza a ver más que piedras, pero al llegar al lomerío cambia el panorama: a la izquierda se divisa el valle de Guardalobos, uno de los más fértiles del Estado del Plan de Abajo, en el que no hay pedazo sin cultivar, en donde no hay alfalfa hay fresa y lo que no es milpa es trigo. Hasta los huizaches que crecen en las acequias están frondosos. Siempre me ha gustado ese valle, pero aquella mañana más que otras veces, porque estaba contento de tener a Serafina a mi lado, muy tranquila con la mano sobre mi pierna. Sentí que no tenía preocupaciones y le pregunté:

—¿No sientes que el corazón se te ensancha al ver esto? Pero mientras yo miraba a la izquierda y veía el valle, ella miraba a la derecha y veía la sierra de Güemes. Por eso entendió que lo que me ensanchaba el corazón era la estatua de Cristo Rey, que está en la punta del cerro más alto, mirando hacia el poniente, dice la gente que como si quisiera abrazar el Estado de Mezcala. Serafina quitó la mano que tenía sobre mi pierna y dijo:

—Tú siempre has querido jalar para tu tierra.

Así fueron siempre mis tratos con ella. Yo le decía una cosa bonita y ella contestaba una burrada. No me turbé porque sabía muy bien lo que ella me reclamaba. Cada vez que la abandoné yo me fui al Salto de la Tuxpana, que está en el corazón de Mezcala. Por eso ella siempre le tuvo mala voluntad a ese pueblo y delante de ella no se podía decir ni su nombre, ni que las guayabas de allí son buenas. Aquella mañana, como si hubiera yo dicho «Salto de la Tuxpana», ella se entristeció y me dijo:

—Tú crees que no soy digna de ti nomás porque soy madrota. Yo me impacienté y le dije:

—Ni te dejé por madrota, ni estaba mirando la estatua de Cristo Rey, sino para el otro lado. ¿Y por qué me reclamas cosas que no tienen remedio si sabes que lo único que vas a lograr es echar a perder este día tan bonito?

No sé qué cuerda le toqué. Ella volvió a poner la mano sobre mi pierna y no dijo más.

Hubiera sido mejor que yo la hubiera bajado del coche cuando dijo la impertinencia. Los dos hubiéramos sido más felices.

En Huantla compramos aguacates y nos sentamos a comerlos en las piedras que estaban debajo de un huizache. Todo estaba quieto. No se oían más que las torcazas. Desde donde estábamos alcanzábamos a ver la tierra negra de la presa y las yuntas arando. Al ver tanta paz se nos olvidaron nuestros pleitos y hasta que habíamos ido a Pajares a arreglar un negocio y no habíamos arreglado nada. Serafina dijo «¡que así fuera siempre la vida!», o cosa por el estilo.

Antes de regresar al coche entramos en las ruinas de la fábrica de hilados y tejidos por curiosidad, y allí, entre los galerones vacíos y los techos caídos, Serafina quiso que yo volviera a poseerla y volví a poseerla. Después seguimos el viaje y llegamos a San Pedro de las Corrientes a las dos de la tarde.

Serafina me había invitado a comer en la casa de su hermana, pero yo francamente no tenía ganas de enfrentarme con Arcángela. Yo sabía que la simpatía que ella me tuvo nunca fue mucha y me imaginaba que desde que abandoné a su hermana en el año 58 había sido todavía menos. Por esto había decidido que la aventura aquella terminara en la puerta del México Lindo.

—Me despido de ti en el coche —le dije a Serafina—, y que Dios te bendiga.

Pero el destino tenía escrita otra historia. Al dar la vuelta en el coche para entrar por la calle de Allende, lo primero que vi, parada en la banqueta, fue a doña Arcángela. Parecía enlutada. Estaba tapada con un rebozo a pesar del calorón, y tenía una muchacha de cada lado. Las tres miraban para donde yo venía como si me hubieran estado esperando.

No me quedó más remedio que hacer todo lo que no quería: detener el coche, apagar el motor y bajarme a saludarla. Cuando me vio abrir la portezuela me echó una miradita con esos ojitos de

puerco que tiene, como diciendo «nomás este nos faltaba». Pero duró poco, después abrió los brazos y me dijo con cariño:

—¡Qué gusto me da verte, Simón!

Después me abrazó y hasta me dio un beso. En ese momento debí haber desconfiado, pero no lo hice, a pesar de que me di cuenta de que el gusto que Arcángela tenía de verme agarraba tan de sorpresa a Serafina como a mí. Dije que nomás iba de paso, pero de nada me valió: eran las dos y media, la comida estaba caliente y la dueña de la casa tenía gusto de volver a verme. Se empeñó en que yo metiera el coche en la casa. Por la puerta chica que está junto a la del cabaret.

—Así no corres peligro de que te lo maltraten unos chiquillos traviosos.

Mientras yo hacía la maniobra ella se puso a platicar con Serafina de cosas que parecían muy serias. Al bajar del coche, noté que, cosa rara a esas horas, la mayoría de las mujeres estaba en el corredor, recargadas en el barandal, platicando unas con otras o mirándome.

Cuando entramos en el comedor doña Arcángela me agarró del brazo y me dijo:

—Me da gusto que regreses, porque los hombres que ha tenido mi hermana desde que te fuiste han sido una calamidad.

Yo quería explicarle que no estaba de regreso, sino que nomás iba de paso, pero ella no me dejó hablar. Hizo que me sentara en una silla, me puso enfrente una botella de tequila muy especial, según ella, les dijo a las dos muchachas que andaban con ella que me trajeran un limón y sal y después salió del comedor con Serafina.

Salieron las Baladro por una puerta, salieron las muchachas por la otra, y cerca de una hora estuve solo en el comedor, sentado en aquella silla, frente a la botella, de la que de vez en cuando daba un trago, porque nadie fue para traerme un vaso. Cuando por fin se abrió la puerta y entraron Arcángela y Serafina, me levanté y les dije:

—Me voy, porque para pasar soledades y hambres estoy mejor en mi coche.

—Simón —me dijo entonces Serafina—, mi hermana tiene una pena muy grande.

Me explicó que una de las mujeres que trabajaban en el México Lindo, que se llamaba Ernestina, Helda o Elena, se había muerto la noche anterior y no sabían qué hacer con el cadáver.

—Háganle velorio y llévenla al panteón —aconsejé.

Arcángela me dijo que la difunta había fallecido en un hecho de sangre y no podía ser enterrada en un panteón sin la intervención del Ministerio Público.

—Y eso no lo puedo permitir —acabó diciendo— porque me perjudica.

No quedaba entonces más remedio que llevar el cadáver por la carretera de Mezcala y echarlo en donde nadie lo viera. Pero allí empezaba la segunda parte del problema: no encontraban al Escalera, que era el único chofer de confianza que conocían las Baladro.

—Por eso estoy tan afligida —dijo Arcángela, secándose las lágrimas que parecía que le brotaban.

A lo cual yo contesté:

—No te preocupes, Arcángela, yo llevo la muerta en mi coche y la deposito donde tú me indiques.

Cuando acabé la frase ya me había arrepentido de decirla, pero era demasiado tarde. La verdad es que había sido demasiado tarde todo el tiempo. Para que las cosas hubieran sido de otra manera, se hubiera necesitado que yo no hubiera ido a Pajares el día anterior a pedir que me perdonaran los impuestos. Apenas cinco minutos antes yo era un hombre que estaba esperando a que le dieran de comer y ahora estaba comprometido a llevar un cadáver a la sierra.

Ellas quedaron agradecidísimas cuando oyeron mi ofrecimiento. Serafina me puso la mano en la pierna. Estoy seguro de que se me hubiera entregado allí mismo, pero yo no estaba de humor. Arcángela se enjugó las lágrimas y salió del comedor. En el patio la oí gritar:

—Que le digan al Escalera que ya no lo necesitamos.

Después supe que no es que no hubieran encontrado al Escalera, sino que él quería cobrar mil pesos por el trabajo.

Al rato Arcángela regresó con unos billetes doblados y me los entregó:

—Toma, para ayuda de la gasolina.

Eran quinientos pesos, que yo me puse en la bolsa. Tuve ánimos para poner una condición:

—A la difunta la llevo a donde ustedes quieran, pero no la toco. Cuando trajeron la sopa yo ya no tenía hambre.

2

Dijo llamarse Simón Corona González, tener 42 años, ser casado, mexicano y estar radicado en el Salto de la Tuxpana; que es panadero, que no sabe leer ni escribir, nomás firmar, que es católico, que poco acostumbra tomar bebidas embriagantes, que no fuma mariguana ni se intoxica con droga o enervante. Interrogado sobre si declara voluntariamente contestó que sí.

Dijo que conoció a Serafina Baladro en 1952, en Pedrones, en una casa que ella tenía en las calles del Molino. Que el día en que la conoció se hizo amante de ella y que vivieron juntos dos años, pasados los cuales la abandonó para regresar al Salto de la Tuxpana. Que en el año de 1957, por invitación de la citada Serafina, volvió a reunirse con ella y que vivieron juntos un año, pasado el cual la abandonó por segunda vez para regresar al Salto de la Tuxpana. Dijo también lo siguiente:

«En el año 1960 encontré accidentalmente a Serafina en la ciudad de Pajares y ella quiso que yo la llevara a casa de su hermana Arcángela, en San Pedro de las Corrientes. Al llegar en este lugar Arcángela me dijo: “mete el coche en el patio”, y yo obedecí. Me pasaron al comedor y me dieron una botella de tequila, para que me lo tomara, después entraron las dos hermanas y me dijeron: “nomás que oscurezca te vas por la carretera y tiras en una barranca el cuerpo de una muchacha que se murió”. Fuimos en mi coche por la carretera de Mezcala hasta llegar a una curva en donde Arcángela me dijo “aquí te paras”, y yo obedecí. No vi cuando pusieron a la difunta en el coche, pero tuve que ayudar a bajarla, porque se había puesto tiesa y entre Arcángela, Serafina y una muchacha llamada Elvira, que nos acompañó, no podían sacarla de la cajuela. Cuando íbamos cargándola para echarla en la barranca, se cayó el costal que la cubría y le vi la cara: tenía las facciones afiladas y los ojos muy grandes y abiertos. Según me dijeron se llamaba Ernestina, Helda o Elena. Cuando regresamos a San Pedro de las Corrientes y Arcángela estaba bajándose del coche en la puerta de su

casa, me dijo: “si algún día sé que rajas de lo que pasó esta noche, te busco y en donde te escondas, allí te encuentro”. Después, Serafina y yo fuimos juntos a Pedrones, en donde vivimos juntos otros seis meses, pasados los cuales la abandoné por tercera vez para regresar al Salto de la Tuxpana.»